

CAPITULO VIII.

María en la Resurrección del Salvador.

La Sinagoga habia llevado á cabo la obra de iniquidad que en su loco orgullo concibiera. El justo por excelencia habia muerto cual un malhechor pendiente de un patíbulo de afrenta, y su cadáver habia sido encerrado en el sepulcro. Ya nada podrá temer aquel pueblo ingrato sobre el cual va á caer la terrible maldición que él mismo invocara: *Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. Desaparecerá la mesa de los panes de proposición, el candelabro misterioso, é imposibilitados quedan de celebrar sus Pascuas, sus Azimos y festividades. El mismo Dios que antes les dijera « inmolarme víctimas en el templo que he escogido » ya esclama: « No me agradan las víctimas de Judá y Jerusalem. » ¡Pueblo infeliz!

Los enemigos del Salvador; los que le habian conducido como oveja al lugar del sacrificio, tenian presente el anuncio que repetidas veces habia hecho de que resucitaria á los tres dias de su muerte. Creyeron, pues, que seria muy conveniente custodiar el sepulcro, tomar precauciones sin dar á comprender que temian su poder, sino algun fraude que pudiesen llevar á cabo sus discípulos, estrayendo el cadáver y haciendo creer que habia resucitado. « Asi pues, » dice el Evangelio, al otro dia que sigue á la Parasceve, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron á Pilatos diciéndole: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor

« cuando todavia vivia: Despues de tres dias resucitaré. » Manda pues que se guarde el sepulcro hasta el tercero dia, no sea que vengan sus discípulos, y hurtando el cadáver digan á la plebe: resucitó de entre los muertos, y será este error peor que el primero. Teneis soldados, les contestó Pilatos, para la guardia de vuestro templo: tomad pues, un fuerte destacamento y custodiad con toda vigilancia el sepulcro de Jesús segun vuestro saber. Ellos, pues, fueron y para asegurar el sepulcro, sellaron la piedra y pusieron guardas.

Hasta aqui, solo nos hemos detenido en los grandes acontecimientos de la vida y muerte del Salvador de la humanidad, que se hallan intimamente enlazados con la Historia de la Santísima Virgen María, que es el objeto de este libro; sin embargo, la Resurrección de Jesucristo, una vez tocada, no podemos pasar adelante sin detenernos en ella, porque es el misterio fundamental de nuestra fe, por lo que dice San Pablo: Si Jesucristo no hubiese resucitado, vana seria nuestra predicacion, vana nuestra fe.

San Juan Crisóstomo hace una reflexion digna de que en ella fijemos la atencion. Los judios tenian una compañía de soldados para la guarda del templo. Esto no obstante ordenó Dios que Pilatos no dispusiese que fuesen sus soldados los que custodiasen el sepulcro, sino que lo hiciesen ellos mismos, para que de este modo no pudiesen decir despues, que los discípulos del Señor se habian concertado con los guardas para que le entregasen el cadáver haciendo creer falsamente que habia resucitado. Dios admirable en todas sus obras quiso de tal modo ordenar los sucesos, que aquel

¹ Math. XXVII, 62-66.

² Si Christus non re-urrexit, inanis est prædicatio nostra, inanis est fides vestra. I ad Cor. XV, v. 14.

pueblo rebelde no tuviese disculpa ni aun á los ojos del mundo, del horrible crimen que acababa de cometer. Es claro á todas luces que los Apóstoles no tenían interés alguno en suponer la Resurrección. Cobardes á la vista del peligro, solo Juan se había atrevido á presentarse en el lugar del sacrificio, y uno de ellos se resistió después á creer á sus compañeros cuando le notificaron que habían visto y hablado al Maestro. Si pues Jesucristo no hubiera verdaderamente resucitado, si no le hubiesen hablado, sino hubiesen oído el eco de su voz divina, ¿cómo hubiesen tenido valor para predicar su doctrina esponiéndose á conceitar contra ellos el odio de los poderosos? ¿Cómo hubiesen entregado voluntariamente su vida en los mas crueles tormentos? Era necesario para esto una plena convicción. Si la Resurrección de Jesucristo no hubiera sido cierta y evidente, los Apóstoles que tan cobardes habían sido, se hubieran retirado á buscarse el sustento con las redes, y á pesar de todos los prodigios obrados por su Maestro y de tanta multitud de maravillas como habían presenciado, hubiesen concluido por creer que no podía ser un Dios el que no había tenido poder para resucitarse á sí mismo, segun que tan repetidas veces lo había anunciado.

Luego, pues, que los judios hubieron recibido el permiso que habían pedido á Pilatos, fueron á formar la guardia del sepulcro, y los mismos que tan inhumanamente le habían quitado la vida, se constituyeron vigilantes centinelas del sagrado cadáver del Salvador. Que era grande el interés que tenían en evitar un fraude es claro á todas luces. Pero nada importaba toda su vigilancia y todos sus esfuerzos y cuidados. Nada había mas lejos de la intención de los Apóstoles que el acercarse al sepulcro, pues que en mucho estimaban su vida los que mas tarde y con tanto

heroísmo habían de entregarla en manos de los verdugos. Aquel á quien el mar y los vientos habían obedecido, á cuyo mandato todas las enfermedades se retiraban, y que tuvo poder para sacar á Lázaro del sepulcro después de muerto de mas de cuatro dias, no podia dejar de tener poder para resucitarse á sí mismo.

Lo primero que hicieron los judios fué registrar el sepulcro, y después que se hubieron asegurado de que allí estaba el cuerpo de Jesus, sellaron la piedra que le cubria, constituyendo centinelas, á los cuales dieron consigna de no permitir acercarse persona alguna á aquel lugar. Al dia siguiente, salido ya el sol, María Magdalena, acompañada de la otra María madre de Santiago y de Salomé, que habían comprado aromas para embalsamar el cuerpo de Jesus, fueron con la mayor diligencia al sepulcro, pues ignorando que estaba custodiado, querian embalsamar el sagrado cadáver. Al llegar vieron la losa que había sido movida de su lugar y sobre ella un ángel vestido de blanco que les dijo: «No os asustéis, buseis á Jesus Nazareno el que fué crucificado; ha resucitado: no está aquí; ved el lugar adonde le pusieron. Mas id y decid á sus discipulos y á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea; allí le vereis como os dijo.»

En ninguna parte vemos resaltar mas la perfidia judaica que en la Resurrección del Salvador. Ellos quedaron precisamente aturdidos cuando le vieron salir del sepulcro, y entonces no pudieron menos de reconocer la gravedad del delito que habían cometido, pero se propusieron encubrirlo á todo trance. Llenos de dolor debian haber entrado en la ciudad proclamando la verdad de la Resurrección del

1 Math. cap. XXVIII, 1-7.—Marc. cap. XVI, v. 1, et seq.—Luc. cap. XXIV, v. 1 et seq.—Joan. cap. XX, v. 1.

Señor y diciendo: hemos pecado contra Dios: aquel á quien quitamos la vida en la Cruz ha resucitado de entre los muertos, segun habia predicho anticipadamente. No hicieron esto y antes por el contrario, luego que se hubieron re-
 puesto algun tanto del susto que les causara la salida triun-
 fante de Jesucristo del sepulcro, se dirigieron algunos de ellos en consulta á los principes de los sacerdotes, los cuales enterados de lo ocurrido, distribuyeron una crecida suma de dinero entre los guardas del sepulcro, encargándoles que dijeran que habian venido de noche sus discípulos y le habian hurtado mientras ellos dormian, y recibiendo ellos el dinero lo hicieron segun se les habia encargado. No puede presentarse seguramente un argumento mas ridiculo contra la Resurreccion del Salvador. No es posible que todos los individuos de una guardia que tan interesada se hallaba en vijilar, se quedasen dormidos abandonando de este modo lo que debia ser objeto de sus mayores cuidados. Y aun queriendo suponer que asi hubiese podido ser ¿cómo no se despertaron con la llegada de los discípulos y el ruido que necesariamente hubieran tenido que hacer al levantar la losa? ¡Vana y miserable astucia! esclama San Agustin: ¡Vosotros si que sois los dormidos! En la Historia de Jesucristo, nos hemos detenido en presentar sólidas pruebas de la Resurreccion del Salvador. Ahora es fuera de nuestro propósito el continuar en este terreno. Sigamos pues la narracion de los sucesos.

Las piadosas mujeres, que como hemos dicho, habian ido de mañana al sepulcro, y á las cuales el ángel les notició la Resurreccion, fueron inmediatamente y llenas del mayor regocijo á dar cuenta á Pedro y Juan de todo lo que

1 Math. XXVIII, 11 et seq.

les habia ocurrido. Apenas aquellos dos discípulos recibieron la noticia fueron al sepulcro y vieron en efecto los lienzos ó sábanas en que habia sido envuelto y el sudario de su cabeza.

Hé aquí como describe San Juan la primera aparicion de Jesucristo resucitado á los Apóstoles: «Llegada la tarde de aquel dia, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas, en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesus y se puso en medio de ellos y les dijo: Paz á vosotros. Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos viendo al Señor. Y otra vez les dijo: Paz á vosotros. Como el Padre me envió, así tambien yo os envío. Y dichas estas palabras sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonareis los pecados, perdonados les son, y á los que se los retuviereis, les son retenidos. Pero Tomás uno de los doce, que se llamaba Didymo no estaba con ellos cuando vino Jesus. Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Mas él les contestó: Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar donde estuvieron, y metiere mi mano en su costado no lo creeré. Y al cabo de ocho dias estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos: vino Jesus cerradas las puertas, y se puso en medio y dijo: Paz á vosotros. Y despues dijo á Tomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y dá acá la tuya y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mio y Dios mio. Jesus le dijo: Porque me has visto Tomás, has creído: Bienaventurados los que no vieron y creyeron!»

Varias son las apariciones de Jesucristo despues de re-

1 Juan. cap. XX.

sucitado de las que nos hablan los evangelistas, pero no hacen mencion alguna de la Virgen Santísima. Este silencio del sagrado testo ha sido motivo de asombro para muchos, creyendo que en primer lugar debíanse señalar las apariciones á la Virgen-Madre. Nosotros por el contrario, encontramos en este silencio pruebas honrosísimas para la Señora. Los evangelistas se fijan tan solamente en las apariciones á los Apóstoles, porque estos eran los destinados á manifestar al mundo la verdad de la Resurreccion. La opinion de muchos Padres y escritores es que la Santísima Virgen fué la que tuvo la dicha de verle triunfante de la muerte, antes que ninguna otra criatura. Augusto Nicolás deduce del silencio de los evangelistas que Jesucristo resucitado no cesó de estar presente á su Santa Madre y que por esto no se le apareció como á los demas. Y asi tambien lo comprendemos nosotros. María merecia mas que los Apóstoles y discipulos. ¿No habia en esto de ser privilegiada? Si dolores tan acerbos habia sufrido en la pasion y muerte de su divino Hijo, ¿cómo este no habia de apresurarse á darle el inefable consuelo que tenia que causarle su presencia? «Si se negase esta verdad, porque ninguno de los Evangelistas la ha dejado consignada, seguiríase, dice oportunamente Roca y Cornet, que nunca jamás despues de su resurreccion se dejó ver de su Madre, pues ninguno de aquellos dice dónde y cuándo se le apareció. ¿Y esto se creará de Aquel que en su ley estableció el precepto de honrar al padre y á la madre? ¿Y es de presumir que con tan cruda negligencia, su tal Hijo dejase desairada á una Madre cuyo corazon habia sido por causa de él traspasado con un cuchillo de dolor?» Escusado nos parece detenernos mas tiempo en la

1 Historia de Jesucristo. Cap. XCVIII.

demostracion de una verdad que no puede poner en duda ninguno que conozca los privilegios de la Santísima Virgen María, y el amor que la profesaba su Hijo el divino Reparador. Contemplemos ahora los afectos que experimentaríala Señora cuando en medio del hondo pesar que oprimia su corazon en su amarga soledad vió delante de sí aquel Hijo cuya pérdida lloraba inconsolable. Es sabido que lo mismo puede matar una alegría que un pesar: asi creemos que si la Virgen-Madre necesitó ser confortada del cielo para no morir de pena en el Calvario, tendria que serlo tambien ahora para poder sobrevivir al regocijo que experimentarí su amante corazon. Durante el tiempo de su soledad, su pensamiento estaba fijo en el Calvario, no apartándose de su imaginacion las lúgubres escenas que habia presenciado. Aun le parecia ver á su Hijo en manos de sus verdugos, y fijando su consideracion en lo mucho que le habia costado la Redencion de la humanidad, estremeciase á la sola consideracion de la ingratitud con que habian de corresponderle una multitud de criaturas. Pensamientos eran estos que no podian menos de contribuir á hacer mas amarga su soledad.

María sabia que su Hijo habia de resucitar como lo habia anunciado. Esperaba pues que asi se verificase, y entretanto las horas le parecian siglos. Durante el tiempo que el Señor estuvo en el sepulcro, la imaginacion de su Madre estuvo fija en el Calvario: aun le parecia escuchar las blasfemias que impuros lábios les dirigieran; aun parecian resonar en sus oidos los golpes del martillo: cuanto habia pasado, hasta la mas mínima circunstancia, cuantas palabras habia pronunciado su Jesus amado, todo estaba presente á ella, y si bien estos tristes recuerdos no podian menos de afligirla, habia un motivo que contribuía poderosamente á

aumentar la amargura de su soledad. Presente á su privilegiada imaginacion, hallábanse las generaciones futuras: como si á su vista se hubiese descornado el velo del porvenir, atravesaba desde el Cenáculo por medio de los tiempos y veia la ingratitud monstruosa de una multitud de criaturas que no queriéndose aprovechar de los frutos de la Redencion, habian de hacer infructuosa para ellos la muerte del Redentor; veialos María, y tantos y tan ciertos presentimientos daban los últimos y mas crueles golpes á la afilada cuchilla que atravesaba su corazon amante. ¿Qué nuevo martirio el que le hacian experimentar tan lúgubres pensamientos! Elevando sus ojos al cielo y juntas sus manos ante el pecho, no podria menos de esclamar: ¡Oh Eterno Padre, mi Dios y mi Criador! ¿Será posible que tanto dolor, tanta afrenta, tormentos tan crueles, y una muerte tan cruel é ignominiosa, no sea aprovechada por tan gran número de hombres que mirando con menosprecio ó indiferencia esa gloria que vuestro Santísimo Hijo y mio les ha conquistado con su Cruz, prefieran el infierno? ¿Será posible que hombres insensatos continúen por mas tiempo quemando incienso ante deidades fementidas? ¿Será posible que haya criaturas tan faltas de juicio que prefieran morir de sed, por no llegarse al pozo de agua viva? ¿Habrà de conseguir aun nuevas conquistas el fuerte armado, no obstante haberse verificado la Redencion de la humanidad?

De este modo atormentaban su corazon sus mismos pensamientos. Veia apartarse de su Hijo y de ella aquellos falsos cristianos, que olvidados de las promesas que solemnemente hicieron al ser regenerados por el agua del Bautismo, y dando oidos á las falsas doctrinas del error y de la incredulidad, renuevan continuamente los tormentos del Hijo y los dolores de la Madre. Veia apartarse de su Hijo

y de ella aquellos hombres entregados al vicio que formando sus delicias de la mas criminal degradacion, viven envueltos en las funestas redes de la sensualidad, arrastrando tras de ellos otra multitud de almas incautas para conducir las con ellos al abismo de la perdicion. Veia ese egoismo y ambicion con que muchos de los que profesan la doctrina de Jesucristo forman colosales fortunas sobre la ruina del huérfano ó del necesitado. Veia ese cinismo de los que no titubean en poner sus plantas en gradas ensangrentadas para poder ocupar puestos de distincion en el mundo. Veia en suma, todo el Cristianismo que debia formar un pueblo de ángeles, en el que solo debia existir un solo corazon y una sola alma, pues todas debian estar unidas por los vínculos de la caridad divina, y se presentaban ante sus ojos reyes tiranos, pueblos rebeldes, poderosos abusando de su poder, jueces iníquos condenando al inocente y salvando al culpable, no á causa de juicios erróneos, sino movidos por el oro; sacerdotes olvidados de su ministerio y fieles imitadores del traidor discípulo, que si no entregan al Salvador por dinero, le destronan de su corazon, dando su imperio á Belial: militares llenos de arrogancia y de orgullo, constituidos en martillos en vez de defensores de su patria, y que creyéndose autorizados para todo atropellan con el mayor despotismo al honrado ciudadano. Y el padre que olvidado de sus sagrados deberes, lejos de guiar á sus hijos con una saludable enseñanza por los caminos de la rectitud, para que sean buenos cristianos y buenos ciudadanos, les llevan como por la mano con sus perniciosos ejemplos por el camino del crimen: y los hijos rebeldes que desconociendo la autoridad paterna menosprecian á los autores de sus dias y desobedecen sus mandatos; y los que se avergüenzan de parecer cristianos á la presencia de los